



LA HOJUA de PARRANDA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

JACINTO CARMÍN

Luchadores y toreros.

FRANCISCO PEDROSA

El pan de cada día.

ALVARO RETANA

El sátiro.

FÉLIX CUQUERELLA

Preludio de pasión.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El ciprés *Pyramidalis*.

GONZALO DE QUIRÓS

Para hacer un altar.

MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

Quiero hacer un soneto...

FÉLIX RECIO

Mis memorias de viejo casto.

FERNANDO AMADO

La voluptuosidad del robo.

CLEMENTE DE CASTRO

¡Ilusión!...

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO

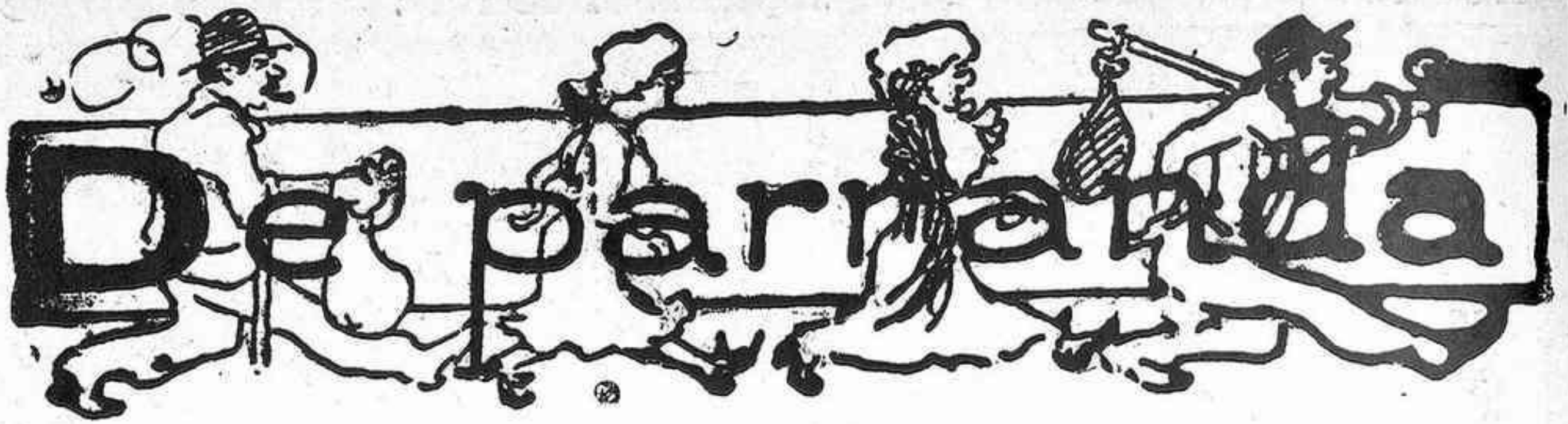
Caricaturas varias y retrato de Overlinda.



OVERLINDA

Cupletista muy rubia y muy mona, que está haciendo estos días las delicias del público de Romea.

5 cénts.



¿QUIÉN TIENE QUINCE "PLUMAS,"
 QUE NECESITA,
 PARA PONERSE EL GORRO,
 DOÑA PAQUITA?

¡Pobre "duquesa de los Abruzzos,"
 —doña Paquita Saboya... y tal—,
 cuyo *chapiri* "ruedo taurino,"
 le dió un disgusto fenomenal!

*

Doña Paquita—que es una dama
 ya ex joven, *pero que de una vez*—,
 á consecuencia de una denuncia,
 tuvo que verle la cara al juez.

*

El tal *chapiri* por tres durazos
 la denunciante se lo vendió,
 y ella lo estuvo llevando; pero
 la pobrecita no lo pagó...

*

¿Por qué? Por una razón; porque ella
 —que es una dama muy principal,
 y una señora... de compañía—
 pasa el verano bastante mal.

*

Las señoritas que ella acompaña
 por el invierno, van á *Biarriz*
 en el verano; y ella se queda,
 "sola en su solo cabo", en *Madrid*.

*

Pero es el "gorro," tan necesario
 para una dama de su jaez,
 que sin un *chapi* "ruedo taurino,"
 desmerecieran su honor y prez.

*

¿Va á ir sin sombrero por esas calles

una señora de tal "postín",
 como esas viejas *acompañantas*
 frecuentadoras del cafetín?...

*

Doña Paquita—que es contertulia
 de "Los Gabrieles," y el "Ideal Room,"—
 va á ir sin sombrero, cuando los tienen
 hasta las "moñas," del Pin-Pan-Pun.

*

Sin ese "ruedo taurino," encima
 yo no le he visto ninguna vez,
 y así la *vide* la misma tarde
 que hubo de verle la cara al juez.

*

¡Pobre "duquesa de los Abruzzos,"
 gala del noble suelo andaluz!...
 ¿Es que no puedes gastar *chapiri*,
 porque en estío no tengas "luz,"?...

*

Pues bien, por esos tres duros viles
 que la del *chapi* te reclamó,
 tú no te apures, ¡oh gran duquesa!...
 ¿Que no los tienes? ¡¡Aquí estoy yo!!

*

Sí, linajuda doña Paquita...
 ¿Que no los tienes? Yo estoy aquí
 también sin ellos y me conformo
 con mi desgracia, ¡pobre de mí!...

*

Si los tuviera, ¿qué duda *coge*
 que me verías tú á mí también
 con un *chapiri* "ruedo taurino,"
 sobre mi augusta, nevada sien?...

Carlos Miranda

LUCHADORES Y TOREROS

El interés que las luchas grecorromanas, celebradas días pasados en la Ciudad Lineal, por obra y gracia de mi amigo Manolo Izarduy, que las organizó, ha despertado en todos los sexos, y muy principalmente entre las damas, excede ya de lo corriente y está á punto de obligarnos á los hombres que presumimos, sin luchar, á intervenir muy seriamente...

Conociendo el temperamento de nuestras mujeres, propicio siempre á simpatizar con todo lo nuevo, y más si en ello entra por algo el riesgo y la emoción, no es de admirar que las damas, y entre ellas principalmente las *complacientes*, se prenden de esos luchadores, casi homéricos, y sueñen con caricias terribles, caricias de cíclopes, como no pueden tributarlas la generalidad de los hombres.

Viendo esos *biceps* casi antinaturales, las pobres lanzan suspiros *hojaparrescos* y creen poder parodiar aquellas conjunciones de mujeres y de dioses de que habla el paganismo, y conocer los goces sadistas cuyo secreto pereció entre las ruinas de los viejos templos helénicos: sus labios anhelan besos sobrehumanos; sus talles mimbreados esperan gozosos doblarse bajo aquellas manos terribles, aplanadoras como las manos de las estatuas...

Pero ellas, ¡pobrecillas!, se engañan, ignorando que todos esos fenómenos son muy castos. Yo sé de varias amiguitas que podrían atestiguarlo...

Por ejemplo, Teresita D., alta y delgada como la Mérode, quiso ver el efecto que sobre la piel nívea y delicada de sus costados producirían los brazos de uno de esos *héroes* y sus esperanzas fallaron. A la súplica de la exquisita *horizontal*, el jayán respondió en una carta:

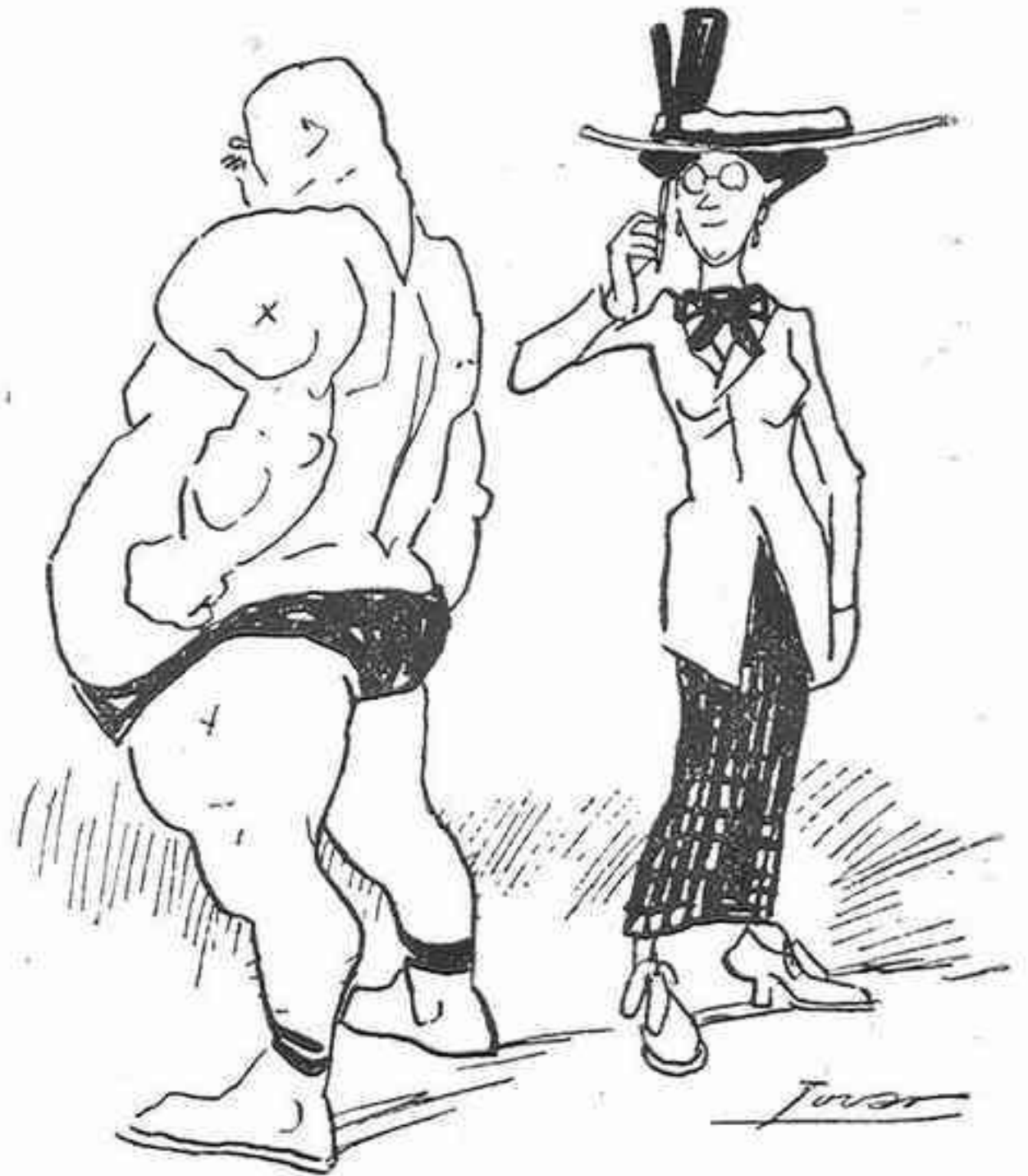
"Imposible, señorita: el sábado de la semana próxima vuelvo á luchar, y necesito conservar hasta entonces todas mis energías..."

Otro luchador, cuyo nombre no citaré porque no es prudente tener bromitas con individuos dotados de una tan respetable dosis de fuerza animal, fué menos galante.

"Yo no puedo gastarme en aventuras de cierta índole—dijo el coloso á la joven que fué á solicitarle;—y, por tanto, la mujer que necesite de mí ha de darme, cuando menos, cuatrocientas pesetas..."

Pero, ¡qué caramba!, no necesitamos apelar á los *grecorromanos* para hallar estas negativas. Nuestros toreros son igualmente reservones...

Días pasados, nuestro *Bombita*, el simpático Ricardo, tan solicitado siempre por las



La inglesa.—No estar bien. O faltar pantagones, ó sobrar tapagabos.

señoras, estuvo en Biarritz, y la doncella de hotel en que se hospedaba, una rubia muy fina y muy mona, se enamoró de él, y se lo dijo en una cartita que dejó olvidada en la mesilla de noche...

Ricardo, muy cortés, y hasta en un francés bastante perfecto, contestó á la mañana siguiente en otra carta escrita en papel azul, diciendo que no, y fundando su negativa en razones muy parecidas á las expuestas por los grecorromanos á nuestras paisanas.

La desairada, que es una doncellita—ó al menos sirve como tal en una villa de la rue



El cesante.—¡Qué rica! ¡Me la comía á usted!
La señora.—(Este hombre habla con sinceridad.)

des Postes—, cuando me lo contaba hace pocos días, estaba á punto de llorar...



Ni luchadores, ni toreros, convézanse ustedes, señoras mías, españolas y francesas y de todas l. s castas. Para distraer una hora de fastidio, más útil que un atleta es el chico de un cc ntinental...

Jacinto Carmin.



DE LA HISTORIA ETERNA... LOS ADAMITAS

En el siglo II de la Era Cristiana surgió esta secta, que tomó nombre de nuestro padre Adán, el que se comió la primera manzana del Paraíso. Los adamitas iban desnudos, sin hoja de parra siquiera y consideraban el goce de todas las mujeres como cosa natural, sin tener ninguna propia. La prueba de que debía ser ésta una deliciosa herejía, está en que reapareció en el siglo XII, más descarada aún, y sosteniendo que la posesión de la mujer por el hombre, y de la mujer aun siendo casada, eran acciones

santas y meritorias. En el siglo XIV vuelve á nacer, y, extinguida, reaparece en el siglo XV. Perseguidos los nuevos fieles, se refugian en una isla, donde viven en cueros y en comunidad de mujeres. Perseguidos y condenados á hoguera, desaparecen nuevamente; pero surgen en Inglaterra, y más tarde, en pleno siglo XIX, resucita la secta en Suiza. Debe de ser muy hermoso eso de ir como nuestro padre Adán, sobre todo en verano; pero el Gobierno suizo metió á los adamitas en un manicomio y acabó con ellos.

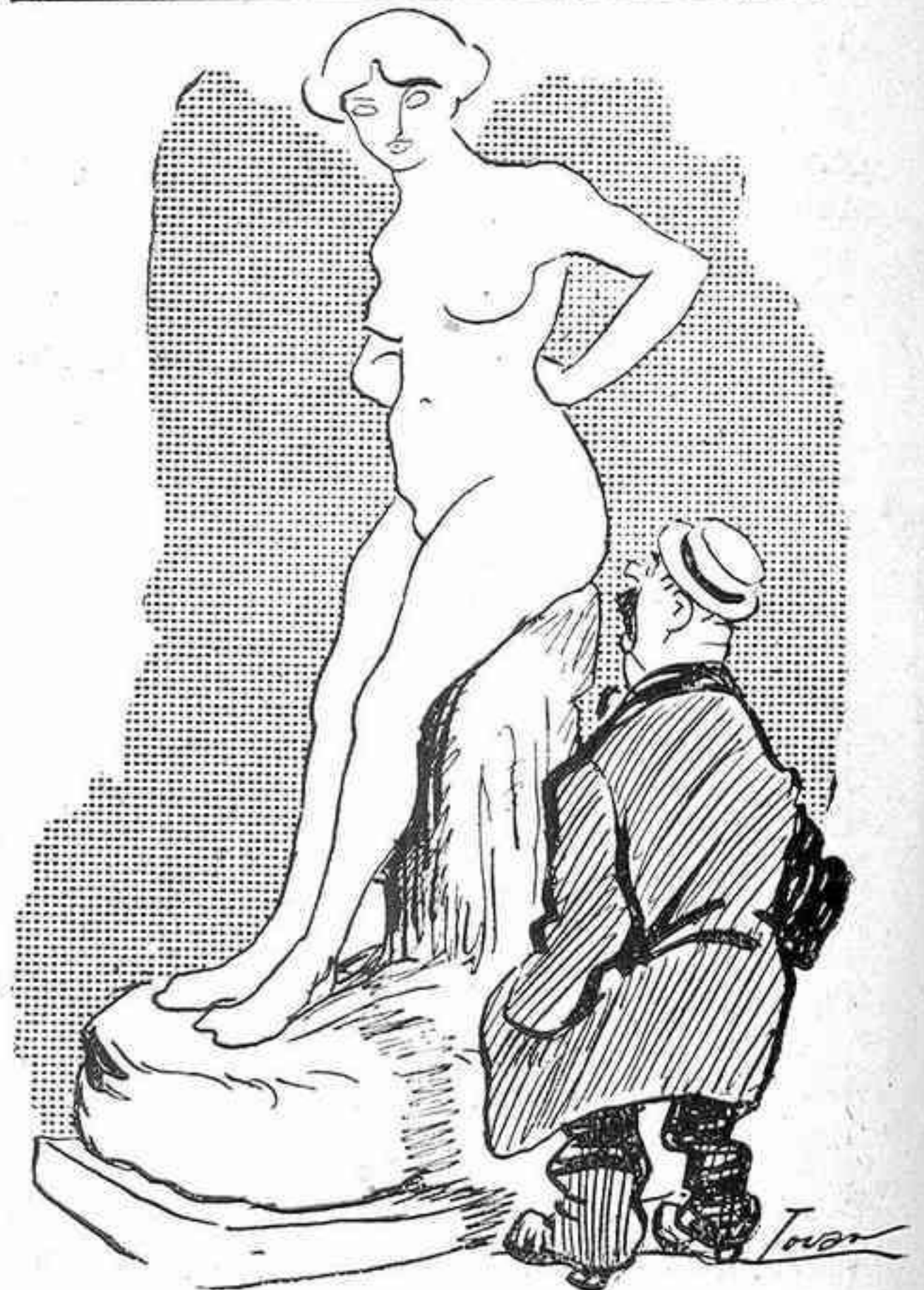
¡Qué pena, porque acaso la «moda» hubiera llegado á España!



El pan de cada día...

Hablando la bella Elisa con Teresa, del planchado, la decía:—No he logrado planchar bien una camisa. Siempre mi esposo me avisa que el mucho almidón le pesa. A lo que dijo Teresa:—Pues, en cambio, mi marido me tiene siempre advertido que se la ponga muy tiesa.

Francisco Pedrosa.



—¡Lo que va á perder esta infeliz por no pestañear!

EL SÁTIRO

I

PERO está usted segura?
—¡Que si estoy!... ¡Esta mañana mismo lo he leído en *Le Journal*! Aunque parezca imposible, en pleno siglo XX, un temible sátiro se ha enseñoreado del Bois de Boulogne, y sobre todo, á la hora del crepúsculo, hace cosas verdaderamente horribles con las mujeres que halla á su paso.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror!...

—Para él no hay ninguna mujer respetable. Igual asalta á las burguesas, como nosotras, que á las sencillas *midinettes*. Y en cuanto á las edades, para el sátiro lo mismo significa una cuarentona que una jovencita de trece abriles. ¡Qué digo! La última fechoría la cometió ayer con una viuda de cincuenta años, á quien desmostró seis veces su entusiasmo.

—¡Eso pone los pelos de punta!... ¡Pobres víctimas!...

—Creo que hace con ellas cosas sin precedentes é insospechables.

—¿Ah, sí? ¿Qué me dice usted?

—Las infelices deben de experimentar una emoción inolvidable, sintiéndose estrechadas de improviso por los pujantes brazos de un desconocido que las oprime febrilmente contra su pecho, hasta realizar sus perversos designios. Y sobre todo, un escalofrío horroroso, ante la idea de que aquel sátiro pueda repetir su atropello. ¡Y luego si el desconocido quisiera matarlas enfurecido por su resistencia!... ¡Qué miedo. Dios mío! Yo, en un caso así, no me mostraría rebelde...

—Ni yo... siempre sería mejor atender á razones. ¿Pero y el Gobierno? ¿Qué hace que no le da caza?

—¡Sí, sí! ¡Cualquiera se atreve con él! ¡Le han tomado miedo hasta los gendarmes más intrépidos!... Le aseguro á usted que en todo París no se habla de otra cosa que del sátiro del Bois. Algunas personas que dicen haberle visto, juran que tiene unos cuernos, interminables y que está cubierto de pelo de pies á cabeza. En cambio, otras sostienen que es un hombre como los demás.



—... Tengo una gran satisfacción...

—Es más grande la mía.

—Eso habría que verlo...

—¿Y las víctimas, qué dicen?

—¿Esas? Aumentan la confusión. Unas juran que es un ser estrambótico de maneras violentas y gesto avinagrado, y otras por el contrario, reconocen que no es tan fiero el león como lo pintan.

—¡Cualquiera las entiende!

—Lo cierto es que la concurrencia femenina al Bois de Boulogne ha disminuido de un modo considerable, y á estas horas, hombres y mujeres habrán salido de allí

apresuradamente, temerosos de sufrir las consecuencias de un encuentro con el sátiro.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡No siga usted, amiga mía! ¡Eso es espeluznante! En fin, sintiéndolo mucho, no tengo más remedio que abandonarla. Qui-



La señora.—Oye, ¿que tendré yo para gustar tanto á los hombres?

La doncella.—Pues lo mismo que yo.

siera hacer hoy también una visita á nuestra querida Lilina.

—Como usted guste.

—Adiós... adiós. Me ha puesto usted con su relato en un estado de nervios desastroso. ¡Casi me tiemblan las piernas!...

—¿De veras? ¡Oh, lo que yo lamentaría!...

—Nada... nada... ya se me pasará. Adiós, hasta otro día...

II

—¿Pero cómo? ¿Usted aquí?

—Sí, amiga mía. Fuí á casa de Lilina; pero

como había salido y no sabía dónde ir... me vine aquí...

—Algo de eso me ha ocurrido á mi. Salí de compras... no encontré las batistas que buscaba... y antes de cenar decidí dar una vuelta por el Bois...

—Y diga usted... ¿el sátiro?...

—¡Oh, no me hable usted! ¡Estoy desesperada! ¡Hemos llegado tarde! Acaban de detenerle los gendarmes cuando intentaba hacer cosas diabólicas con una florista. Hace un rato ha pasado ante mis ojos atado codo con codo y escoltado por cuatro feroces gendarmes. Y es tanto más lamentable su detención, porque le advierto á usted que el sátiro era un guapo mozo.

—¡Qué dolor! ¡Qué dolor! ¡Qué dolor! ¡Si lo llego á saber antes, vengo ayer!

—¡Tiene usted razón, amiga mía! ¡Eso mismo estaba yo pensando!...

Alvaro Retana.



PRELUDIO DE PASION

Cogida de las manos de mi Musa ella viene; la oigo que se acerca; mi corazón se agita sediento de venganzas; mi Musa á entrar la invita y ella, la pecadora, dudando, se detiene.

—¡Bien haces! Tu conciencia con gritos inhumanos por todas tus traiciones, te anuncia mi castigo. Todo cuanto te amaba, mujer, hoy te maldigo. No pases, que la muerte te espera entre mis manos.

La puerta de mi cuarto cedió. Sobre mi lecho, radiante de hermosura y palpitante el pecho de lúbricos martirios, la vi que me esperaba.

Temblé. Salió mi Musa. La noche larga y fría. Tendiendo á mí sus brazos, ¡perdóname!, decía. Y, luego, entre los míos, besándome, lloraba...

Félix Cuquerella.

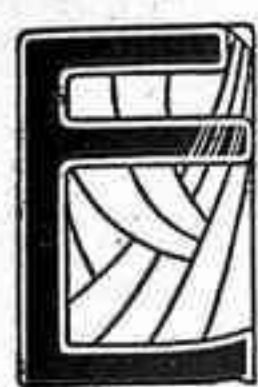
LEA USTED EL JUEVES

EL ANACORETA

por SINESIO DELGADO

20 CÉNTIMOS

EL CIPRÉS PYRAMIDALIS



Es bella y es formidable la facultad de la sangre de mujer durante esos días, y es bello también lo criaturas y lo dramáticas que se vuelven en esos días.

Ella estaba en uno de esos días, y mi misticismo y mi impresionismo por ella eran mayores aquella mañana.

Entramos en el Botánico, ese jardín solo y con revueltas deliciosas en el que lo único feo es el latín de sus letreros.

Buscamos el pasillo más oscuro, más solo del jardín que ya sabíamos. La apreté por la cintura, ella echó la cabeza en mi hombro y sentí en mi mejilla el calor febril y terso de su frente.

—La rama que yo toque hoy se secará mañana—me dijo ella de pronto, grave y pueril.

—¿Cómo?—pregunté yo con impaciencia. Y ella me lo explicó, volviendo al otro lado la cabeza.

—...A veces—terminó diciéndome—he marchitado en estos días varas enteras de nardos, y así como los girasoles á la salida del sol se abren todos, todos los capullos cerrados de la vara de nardos se abrían instantáneamente, y después amarilleaban marchitos... Otras veces he matado hasta cinco manojos de violetas colocándomelos en el pecho... Si vieras tú, perdían el violeta y se rizaban y se retorcián como en el fuego el papel...

La besé por lo sublime y lo apasionado de aquellas crueldades, mirando sus ojos llenos de poder y de convalecencia en ese día. Nos sentamos. Un árbol oscuro y grande nos hacía sombra. Alguna de sus ramas intentaba rascarnos la cabeza. Sentí la incitación, á que mueven estas ramas desviadas de colgar la mano de ellas y llevarme en el puño cerrado alguno de sus flecos para morderlos y probar el sabor del jardín, que en la mañana es el más sano aperitivo.

Pero pensé en ella y la dije:

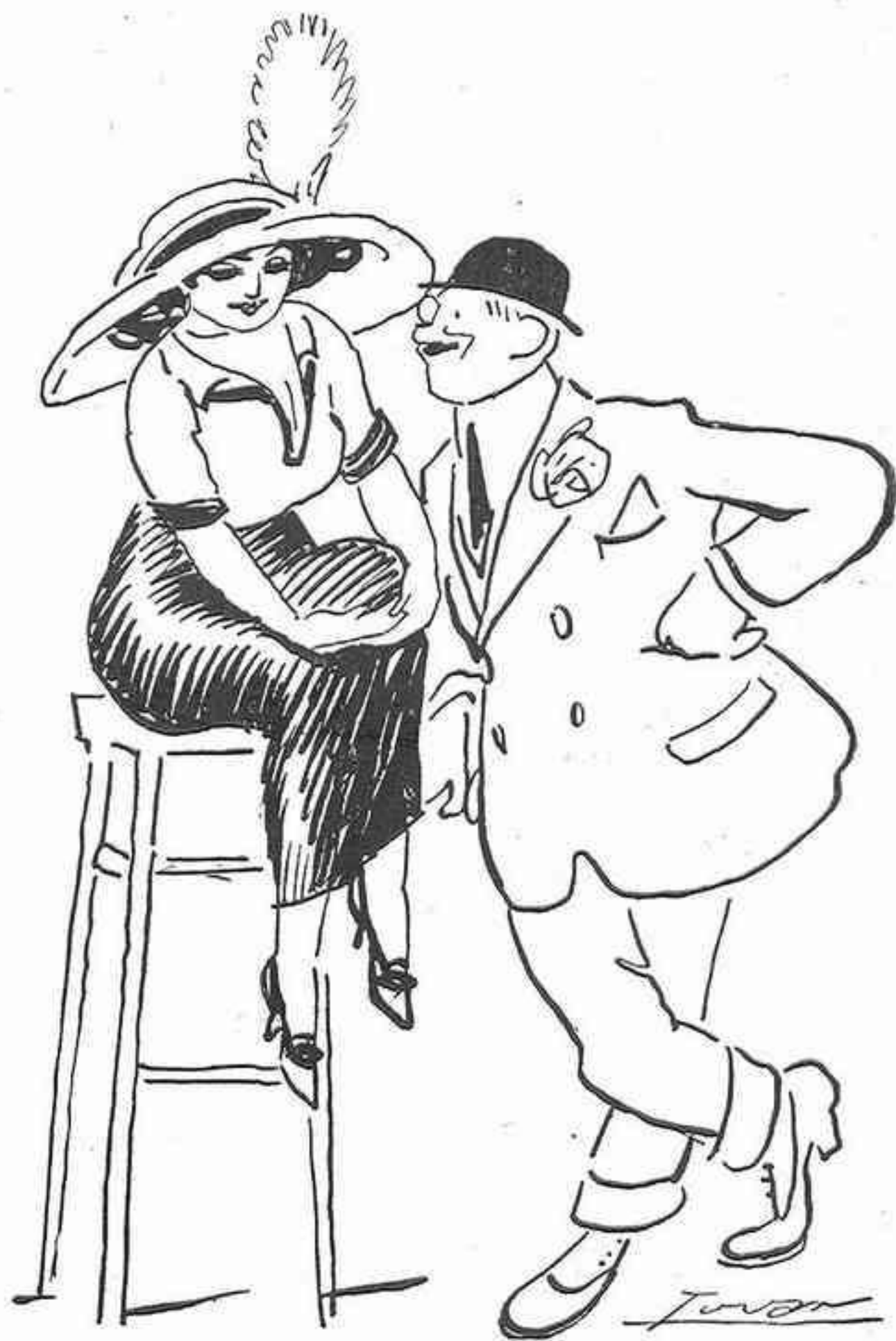
—Mira, toca esa rama para ver si es verdad lo que dices, y acuérdate de cuál es para cuando vengamos mañana...

Ella cogió con su mano voraz, encendida por dentro, aquella rama. Sentí herido y desfallecido aquel árbol. Ella sonrió como convencida y hecha á su poder, segura de su eficacia, más morena y con los ojos más llenos de juramentaciones por nuestro porvenir.

—Fíjate bien—la dije señalando el cartel—

para no confundirnos con otro parecido... Es el "ciprés pyramidalis,"... ¡Un ciprés! El árbol que no vence ni el otoño, verde y firme siempre. — Sería inaudito que consiguieras secar sus ramas...

Ella volvió á sonreír con languidez, como



—Y si yo te metiese en el Banco una cuenta corriente encabezada con cinco mil pesetillas, ¿qué dirías tú?

—Que me la metas pronto.

si en su languidez estuviese su honda virtud sobre la flora. La abracé persuadido de ella, de su sangre y de su electricidad comun cativa y llena de fenómenos posibles cor. exten-

esos poderes secretos sobre todos los elementos, sobre el mar y sobre el cielo.



Volvimos al otro día. Sus ojeras, en cuarto creciente, se apagaban bajo el sol. Estaba rendida por la lumbre de su sangre, candescente aún. Sus manos eran más blandas á los



La suegra.—¡Es que usted no se monta encima de mí!

La víctima.—¿Yo encima de usted? Antes ciegue.

apretones y conservaban más tiempo las huellas, y los besos hacían más y más ácida su estrella roja. Cogimos el camino demasiado sabido, y cuando estuvimos cerca del árbol tocado la dije:

—¿Te acuerdas cuál fué?

Ella, sin decir nombre, lo señaló. En efecto. Aquél era el "ciprés pyramidalis".

—Esta fué la rama... Mírala ya — dijo ella dándome sus ojos y dándome el influjo se-

creto, que había resultado "probado", pues la rama tenía ya secos y en espiral sus flecos y su asta tenía ya la punta negra y cenicienta.

—No sé, no sé si fué esa ó si esa ya estaba así—dije yo por humillarla, excitado á la crueldad por su crueldad.

Ella sonrió con suficiencia, dándome su debilidad al comprender que yo la quería sufrida y suave. Yo, entonces, con violencia, la guardé la cabeza en mi cuello.



Después de ese día íbamos todas las tardes al Botánico y nos sentábamos en aquel rincón. El "ciprés pyramidalis" iba languideciendo y descarnándose. Comenzó por gangrenarse el brazo "tocado", hasta la áxila, después entró la consunción en su tronco y prosiguió secándose por lo más alto. Nos sentíamos emocionados viéndolo, complacidos con aquella agonía, satisfecha ella de darme así, con aquella experiencia, el espectáculo de sus escabrosidades de hembra, y satisfecho yo de sentirla inmolándoseme con su poder y todo.

Un día, por fin, pereció el ciprés por completo. Nos lo encontramos caído, astillado, por donde se rompió. Ella me miró y tendió su cabeza hacia detrás al ver mis ojos encendidos del mimo serio y colérico, la tendió como para que la desgarrase por la garganta blanca y tirante. Fuí ardiente y atenzador con ella. La hice daño dos ó tres veces, loco del frenesí del misterio de la mujer que había podido con el ciprés, el árbol que resiste al invierno y á los años verde y erguido, y que vencería al *manzanillo* también.

—¿No harás lo mismo conmigo?—la pregunté deseando ser consumido por esa virtud suya.

—No, si no me abandonas... ¡Oh! Si me abandonas, entonces en vez de toda mi vida te daré muerte...

Y se puso tan morena al decir aquello y tan ardiente, que la amé más.

Ramón Gómez de la Serna

LEA USTED EL JUEVES

EL ANACORETA

por SINESIO DELGADO

20 CÉNTIMOS

PARA HACER UN ALTAR...

I



El duque escribe en su despacho. Planea el discurso de oposición que ha de apabullar al Congreso, y ha dado orden de que nadie le interrumpa.

II

—¿La señora?

—Pase usted, señor conde...

El visitante llega hasta el gabinete espléndido, donde la joven duquesa, tendida á la oriental entre cojines de púrpura y oro, aguarda ansiosa la entrevista.

A los pies de la dama está el abanico de pluma hecho pedazos.

—Beso respetuosamente las plantas de la sultana.

—Ceremonioso vienes; pero antes de sentarte, dime si no eres la negación de esa estatua que ahí ves, testigo de mis dolientes lágrimas.

—*¡La Vergüenza!* Artístico bronce. Mal me tratas, Laura.

—¿Acaso no hay motivo?

—Habla.

—¡Ingrato! Recuerda la pasada noche del Real. Tú, al lado de la baronesa del Chuler, la de los pergaminos robados, esa aristócrata de aluvión, adulterada. Yo, sufriendo horriblemente. Noté cuando te acercabas á su oído. Era el momento preciso de cortarle Dalila los pelos á Sansón. ¡Y el marido delante! ¡Qué escándalo!

—La eterna cantata. Mira, paloma, abajo está mi coche. Levanta el vuelo y vamos á otro nido.

III

—¿Se puede pasar, señor duque?

—¿Qué quieres, Robustiana?

—Pues, nada. Que se ha ido la señora, y yo me vengo, me vengo aquí.

(La doncella se deja caer en una butaca y aplasta la chistera del señor.)

—Hija, que te has sentado encima de mi cabeza.

—Mejor. Un fuelle para la cocinera.

—Anda, déjame, que estoy muy ocupado.

—¡Quiá! Ahora mando yo.

—Pero, mujer.....

IV

—Chist... ¿Señorita?

—¿...?

—Mamá ha salido.

—¿Sí? Entra. Qué bello estás con esa librea verde.

—Y tú, cuán divina con esa bata azul. Pa-



El gato (aparte).—¡Rediez, qué feo se pone esto!

reces un pedazo de cielo con luceros y todo.

—Qué patillas más sedosas, más rizadas y más negras.

—Qué quince años más mórbidos, más lindos... y ¡jele! ¡jele!

—Despides fuego y me quemas.....

V

(La cocinera á la puerta del soberbio hotel, frente á un cabo de dragones.)

—Miá que eres panoli, chico.

—Que te he dicho que á mí ése no me da achares, porque no, porque le mido el cutis.

—Oye, Anselmo, ¿tú te crees que, porque yo haya tenío la debilidaz de... quererte, dejando que asoples el fogón de mis ansias, te se figura, nene, que ya cualquier parguela ha de probar el guisao de unos amores tan lícitos como los nuestros? ¡Vamos, hombre,



—¿Viste á los luchadores?

—¡Ya, ya! Para dejarse querer de un tío de esos, habría que atarlo antes.

que te calles! ¡Y con aquella cara de espumadera!

—¡Taday, Casiana, que hasta los brodequines me se desatan al verlo!

—No tiés ni dos deos de tela cefálica en la cabeza.

—¡Güeno!

—Ni diznidaz en el kepis si dudas de Casiana.

—Párate, que te se marcha la sin güeso.

—¡Qué delicao!

—Porque tengo vergüenza. Y genio pa guindale una oreja al que me trompiece haciendo el yanque contigo.

—No te escombres, Anselmo. Toma pa pitillos, que me subo.

—Tres perras anchas... Dame cuatro. Y cuidiao el otro.

—Soy más honrá que to eso.

VI

El portero de la noble mansión acostumbra diariamente á jugar un *mús*, como buen navarro.

Organiza la partida, y al contar el naipe nota la falta de cuatro cartas.

—Oye, Frasco—pregunta á su hijo—¿te has llevado las sotas de la baraja?

—¡No, papá! Herodotito, el niño del señor duque, las cogió ayer para hacer un altar...

Caso simbólico. Las *sotas* estaban *arriba*.

Gonzalo de Quirós.



QUIERO HACER UN SONETO... (1)

Quiero hacer un soneto á esta mujer venal,
que sea cual un retrato donde quede grabada
para siempre, como algo que ha de ser in-
[mortal,
la silueta invisible de su alma atormentada...

Con la voluntad toda y todo el corazón,
en una intensa noche de amores yo la amé
sin que ella demostrase la más leve pasión
hacia mí, porque ella es igual que Friné...

Ella no ignora nada... Ella pasó por todo...
Ella tiende su vista desde el cielo hasta el
[lodo...
Ella jamás evoca las esperanzas idas...

Ella no se conmueve ante ningún dolor...
Ella tiene la carne y el alma adormecidas...
Y ella sabe reirse de esta *palabra*: "Amor..."

Manuel Camacho Beneytez.

(1) Del libro *Poemas líricos*, que se ha puesto á la venta recientemente y que está siendo muy favorablemente comentado por la crítica.

MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

UNA AVENTURA DE CAZA

UNA señorita bastante guapa y bastante traviesa que vive en mi vecindad, y á quien yo suelo saludar honesta y respetuosamente desde mis balcones, supo el otro día, no sé cómo, quién era yo, y tardes pasadas me dirigió una cartita muy perfumada y muy lacónica pidiéndome que contase en LA HOJA DE PARRA mis memorias de viejo solterón. "Todo eso —me decía— que parecen anunciar sus ojos verdes, pícaros aún, y parecen querer negar, sin lograrlo del todo, sus patillas blancas y venerables".

¿Cómo no complacer á mi linda vecina? Haré memoria, y si logro reconstituir algo que valga la pena de referirse, la atenderé del todo.

✂

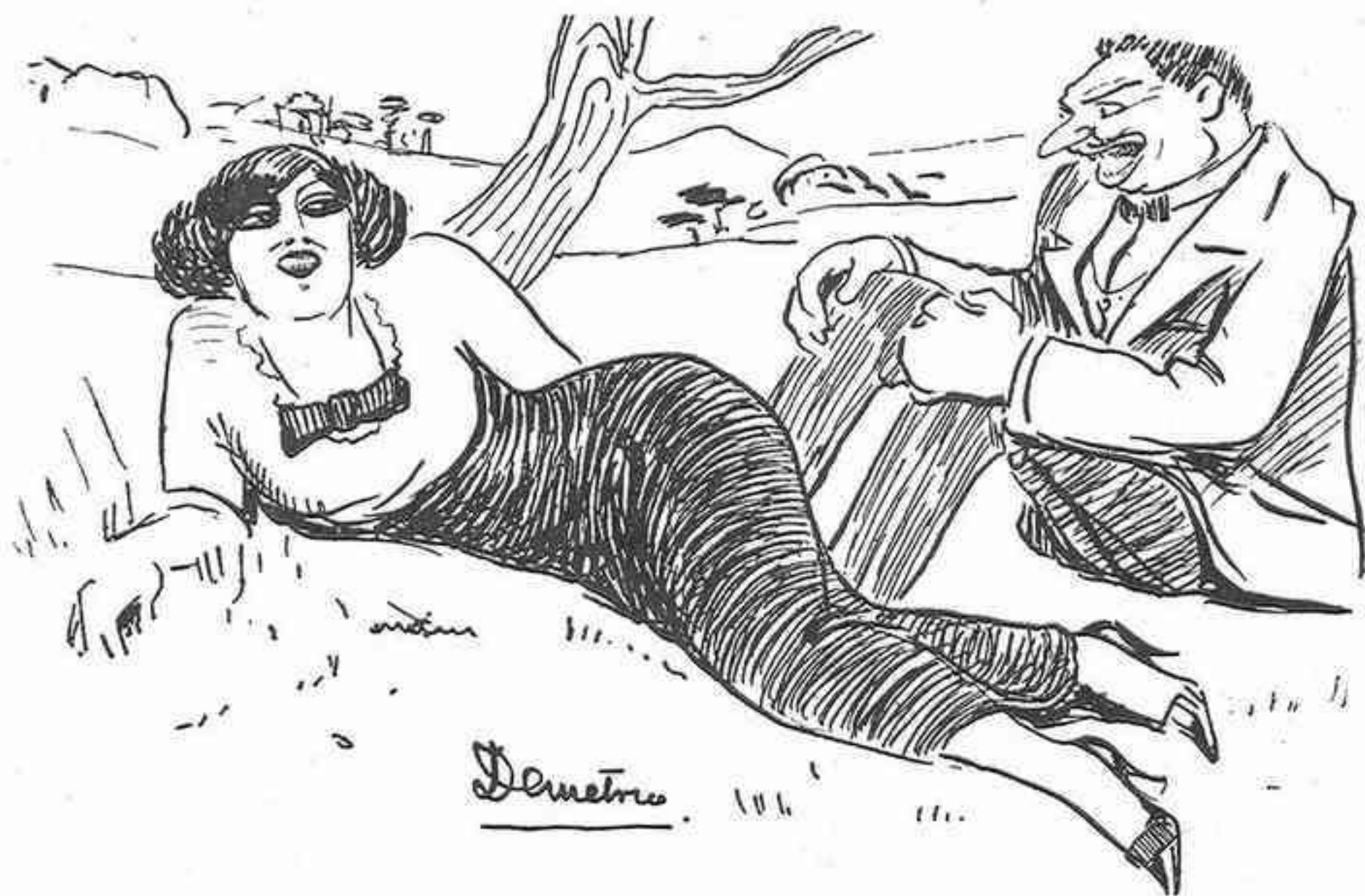
Allá va una aventura cinegética... ¿Es esto, vecinita? Lea, lea...

Aquel año yo cazaba en vedado. El hallazgo de una escopeta en casa de mis padres, donde fui á pasar las vacaciones, y el no tener permiso para cazar, me hicieron sucumbir á la tentación, pues de este modo añadía á las emociones de correr liebres, el cuidado de evitar un encuentro con el guarda, siendo á la vez cazador y cazado, lebrél y presa...

¡Qué bella era entonces la floresta!...

Asemejándose con sus susurros al mar acariciado por el viento, ó silenciosa, con temblorosas flores de sol recortándose en el fondo de cavernas de verdura, y sus claros iluminados y recónditos poblados de moscas murmuradoras, sus estrechas veredas, y sus encinas erormes de silueta elefántica... Durante algunas semanas pude continuar

disfrutando de estos divertidos sobresaltos hasta que cierta tarde, en que por mi desgracia me retrasé mucho por seguir á un conejo, oí una voz gruesa que me daba el ¡alto!... Más muerto que vivo arrojé la escopeta y eché á correr por el primer trillo que vi. El guarda me perseguía de cerca ¡Qué carrera, santo Dios! Ya iba loco y tropezando, á pesar de la ventaja que llevaba, cuando ví una casa, aislada, con su puerta



Él.—¿Quieres hacerte la muerta?

Ella.—¡Te va á dar miedo!

abierta aclarada por una luz que ardía en el interior. En mi atortolamiento me lancé dentro de ella, pero no tardé en arrepentirme comprendiendo que me había refugiado en la casa del mismo guarda.

Al entrar vi una robusta y guapa chica, á quien yo conocía un poco por haberla visto en casa de mis padres: ella, viéndome en aquel estado, permaneció perpleja; mas yo, ante el aspecto ingenuo de su semblante infantil, me rehice y exclamé:

—Pronto, Marieta, he cazado en vedado; u padre me anda á los alcances, va á encontrarme, viene detrás de mí, ocúlteme usted pronto...

Marieta me contemplaba atónita, tal vez escandalizada.

—¡Cómo! ¿Es verdad, señorito Félix?

—Sí, Marieta, ocúlteme usted. ¿Dónde es preciso que me oculte? Hable usted pronto...

—Por aquí—dijo ella obedeciendo maquinalmente, tanto, según creo, por hábito de sumisión y deferencia hacia mi familia, como por simpatía instintiva.

Me hizo subir una escalera y penetrar en el cuarto de arriba, el dormitorio de ella, el



—Tú que eres aficionado á las novelas, ¿me podrías dejar *Los Tres Mosqueteros*?

—Chico, en casa no tengo más que *La mujer adúltera*.

único escondite posible, pues la casita sólo constaba de aquel cuarto y el de abajo, donde dormía su padre, el guardabosque.

—Quédese usted aquí, y... ¡nada de ruido, sobre todo!...

Me dejó en la obscuridad y bajó precipitadamente para ir al encuentro de su padre, que entró poco después jurando contra su delincuente huido. Siempre refunfuñando, se había sentado á comer con Marieta; yo,

entretanto, continuaba inmóvil, pero algo tranquilo á pesar del peligro, y experimentando una emoción nueva y dulce, al verme introducido clandestinamente en aquel dormitorio de joven soltera, embalsamado con el afrodisíaco perfume que exhalaban algunos puñados de flores silvestres colocadas dentro de un vaso en el zócalo de la ventana.

—Tal vez salga después y me iré—pensaba yo temiendo encontrarme á solas con Marieta, tan bonita, tan incitante, con sus frescas mejillas, su seno turgente y su lozana juventud...

De suerte que mi emoción redobló cuando, terminada la cena, oí que el guarda ordenaba á su hija que fuese á dormir. Ella procuraba rehuir el mandato, recelando también, yo lo adivinaba, de encontrarme allí. Mas el viejo reiteró la orden.

—¿Y tú, papá, no sales?

—Yo voy á acostarme; estoy cansado. De todos modos, á ese granuja ya no puedo atraparle. ¡Ay, si le cogiese!...

Y oí que Marieta se acercaba lentamente; á cada nuevo peldaño que subía, mi corazón rebrinqueteaba dentro del pecho cual si fuese á estallar.

—¿Estaré obligado á permanecer aquí toda la noche?—me preguntaba yo no sin angustia.—¿Y Marieta?

Sin duda no había reflexionado ella en tamaño conflicto, suponiendo que yo podría escapar después que su padre saliese.

Lleno de vergüenza, y tan tímido como ella, me coloqué en un rincón cuando ella entró con una bujía, aclarando el cuartito, el catre estrecho y nuestras dos caras enrojecidas.

No osábamos mirarnos.

—¿No se va?—murmuré yo.

—No—dijo Marieta.

Había colocado su luz sobre un baúl y permanecíamos inmóviles, de pie, enfrente el uno del otro, hechos dos necios.

—¿No saldrá durante la noche?—pregunté.

—Creo que no...

—¿Cómo haremos entonces para que yo me vaya?

—No sé.

Y habiéndose encontrado nuestras miradas, no pudimos menos de sonreír.

—Si supiera que estoy aquí—dije.

—¡Oh!—exclamó ella con terror.

No nos atrevíamos á arriesgar un movimiento. De pronto oímos al guarda, que gritaba:

—¿No te acuestas, Marieta?

—Sí—repuso ésta con voz ahogada.

Maquinalmente fué acercándose al lecho, fingiendo, con el ruido de sus pasos, que se

acostaba. La voz del guarda resonó nuevamente.

—Y bien, ¿a qué esperas? Apaga la luz de una vez.

—¡Ah!—exclamó Marieta muy bajo—El ve el reflejo en los árboles de enfrente. ¿Cómo hacer?

—Sople usted—dije yo.

Ella vaciló.

—Y bien—gruñó el padre—¿Estás ahí?

—Ya apago—gritó Marieta. Y sopló.

No nos veíamos ya, estábamos en medio de la obscuridad.

Entonces yo no sé lo que pasó que me encontré sentado junto á ella, al borde de la cama, y la abracé silenciosamente, largamente, con todas mis fuerzas. Mucho tiempo permanecimos así, quietos, y ya no sabía dónde estaba, cuando sentí ruido en el piso bajo.

—Se acuesta—murmuré.

—No—dijo Marieta;—ha cambiado de idea, sale.

Oí al guarda en efecto, coger su fusil y abrir la puerta. Seguramente su cazador furtivo le robaba el sueño y aún esperaba sorprenderle. Marieta inmediatamente se deslizó fuera del lecho.

—¡Pronto, pronto, señorito Félix, váyase usted!

—No, no, jamás...

—Sí—replicó ella con voz conmovida—; váyase usted; de no complacerme me haría usted muy desgraciada.

Entonces procuré convencerla de lo contrario, explicándole el peligro inminente á que me exponía obligándome á salir.

—¡Marieta, por Dios!... Si salgo, su padre de usted puede encontrarme. Es preferible que me quede.

—No, no...

—Un encuentro así sería funesto para los dos, porque yo no me dejo prender... Sí, me quedo, usted consiente en que me quede, ¿no es cierto?...

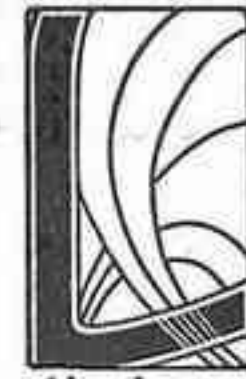
Sin esperar su respuesta me quedé. Ella protestaba; pero, no obstante, tuvo compasión de mí y me quedé.

✕

¡Oh, qué tiempos tan felices aquellos!... A pesar de los años transcurridos no he podido olvidar aquel bonito episodio, y siempre que mis amigos hablan de cazar conejos en vedado... me acuerdo de Marieta, la hija del guarda-bosque...

Félix Recio.

La voluptuosidad del robo.



Los sadistas pueden estar de enhorabuena; ya su cruel instinto tiene una emoción extravagante y vigorosa. La *sensación nueva* nos viene de la América del Norte, y es un remedio contra la Kleptomanía. Nadie ignora el extraordinario incremento que



—¿Se le puede decir á usted una picardía al oído?

—... No será muy gorda...

—Regular... Para pasar el rato...

durante esta última década ha alcanzado en las grandes ciudades la Kleptomanía ó afición al robo.

La Kleptomanía se desarrolla, generalmente, entre las mujeres de cierto rango y posición; es una neurosis peculiar á las clases aburguesadas ó nobiliarias, en la que quizá algún antropólogo vislumbre un caso de atavismo.

Las enfermas de Kleptomanía frecuentan los almacenes, sin otro propósito que el de robar algo, aunque el objeto sustraído carezca de valor: un par de guantes, un pañuelo de batista, un paquete de horquillas... cualquier bagatela sirve á encalmar la terri-

ble comezón que sienten de apropiarse de lo ajeno. Las sortijas brillando sobre retales de negro terciopelo, las pastillas de jabón, los portamonedas, todo ejerce sobre las Kleptómanas atracción nefasta: sin quererlo, y aun á despecho de su voluntad, se detie-



—¡Está usted tentadoral
—El que está tentador es usted.

nen ante el objeto que mejor excita en ellas el instinto del robo; lo acarician con la larga mirada de sus ojos ávidos, se aproximan á él más... más... y, convencidas de que nadie las observa, extienden la mano...

En Francia se adoptaron medidas enérgicas para extirpar tan vergonzosa depravación del sentido moral; pero ni el escándalo, ni las fuertes multas impuestas por los almacenes, y cuyo dinero iba luego á nutrir las arcas de la Asistencia pública, consiguieron corregir el daño. Las pacientes robaban, se arrepentían después de todo corazón y más tarde... volvían á robar.

Los comerciantes de New-York y de Chicago, cosmópolis en donde, según parece, esta epidemia obtiene proporciones inmensas, han ideado para combatirla un procedimiento algo brutal y descortés quizá; pero eficacísimo. Este remedio no es otro que la picante y sonora "nalgada" de nuestros abuelos.

Toda Kleptómana, sorprendida en flagrante delito de robo, es conducida á una pequeña habitación que los directores de los grandes almacenes destinan á este fin. Una vez allí, tres empleadas vigorosas cogen á la paciente y, de grado ó por fuerza, la hincan de rodillas, ligándola al suelo mediante unas correas que la sujetan por las manos y las corvas, obligándola á permanecer en cuatro pies. Después, ceremoniosa y delicadamente, la sofaldan, echándola por encima de los hombros las elegantes enaguas de vaporosos encajes, y la zafan los pantalones, que resbalarán á lo largo de los muslos, concluyendo por levantarla también la camisa, dejando al descubierto las nalgas magníficas.

En esta actitud las pacientes ignoran cuántas personas presencian su suplicio, y su angustia y empacho son enormes. Las infelices lloran, suplican; pero sus protestas de arrepentimiento son estériles; nada las salvará del tormento. Una de las "verdugos", armada de una recia y flexible lengua de cuero de dos cuartas próximamente de longitud, se acerca á la víctima y comienza á azotarla, hasta que aquellas carnes aristocráticas, acostumbradas á las caricias del amor y de la seda, se tiñen de rojo. Las otras dos empleadas presencian la escena cruzadas de brazos. Hay algo hierático en este castigo ideado por el brusco espíritu del pueblo yanqui: el misterio de la habitación cerrada, el mutismo prescrito á las flageladoras por el director del establecimiento, el martirio de todo aquel cuerpo desnudo, vibrando dolorosamente en el vaho aromoso de sus ropas perfumadas... Yo bien sé qué clases de mujeres solicitarán de aquí en adelante, estos empleos de "azotadoras": serán las crueles, las sádicas, que acucian su sensualidad vapuleando á otras mujeres.

Cuando esta moda se implante en Europa (y no tardará mucho), me prometo ver cosas estupendas. Habrá individuo que dará quinientas pesetas al honrado comerciante que le permita atisbar un momento por la cerradura del "cuartito de los suplicios".

¡Ay, entonces, de los casados con señoras aquejadas de Kleptomanía!

Fernando Amado

París, 14 Septiembre.

¡ILUSION!...

PARA los diálogos galantes, es muy á propósito un cenador en un jardín sombrío.

Soledad, que acaba de tener un leve altercado con un amigo, se abanica todavía nerviosa y agitada.

De pronto, sus ojos se animaron y se pecho recobró la calma; esa calma que tan súbitamente recobran las mujeres cuando las entra en gana ó les conviene.

Federico, otro amigo de su predilección, acaba de aparecer en la puerta y se dirige á ella sonriendo afectuosamente.

SOLEDAD.—¡Buenas noches! ¡No contaba verle ahora por aquí!

FEDERICO.—(Besándole devotamente la mano). ¿Cómo ha podido usted suponer que yo pudiera perder esta hora tan exquisita... Pero mi mujer me ha retenido un poco más que de costumbre.

S.—A propósito, hablemos de su mujer.

F.—De ningún modo. Hablemos sólo de usted, por quien yo cometo imprudencias locas.

S.—¿Me ama usted, pues, un poco?

F.—Sí, porque cuando estoy á su lado, comprendo que, á pesar de sus apariencias de ligereza, es usted, en realidad, una mujer honrada.

S.—(Suspirando). ¡Hasta que llega el día de la pasión!... ¡Ese día sobre las ruinas de los principios (exagerando), no queda en el alma más que la imagen del ser únicamente adorado, y en la carne el deseo de ser tomada, vencida... casi violentamente por él!...

E.—(Turbado). ¡Dice usted eso con una vivacidad!...

S.—Que se parece mucho á una declaración, ¿no es eso?

F.—(Asustado). No puedo creer...

S.—(Cogiéndole de la mano). ¿De cuán-

tos modos quiere usted que se le diga que se le ama, gran loco?

F.—(Reclinando la cabeza sobre el hombro de Soledad). ¡Oh, Soledad, Soledad!...

S.—¿Es esta la hora divina que había soñado?

F.—Sí. Y no quiero que pase, deseo retenerla. (Cogiendo un retrato). Y en memoria



Una.—Las dos, y sin vender una escoba.

La otra.—Como que vamos á tener que dar cupón-regalo.

de ella me llevo esta fotografía. (Sale precipitadamente).

L.—(Acercándose á Soledad). Sólo han transcurrido tres cuartos de hora; pero... como he visto la retirada de Romeo... Parece que mi amigo...

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR

EL ANACORETA

por **SINESIO DELGADO**

20 CÉNTIMOS

S.—(*Furiosa*). Su amigo de usted es un imbécil... Y usted también, por haberme lanzado á semejante aventura.

L.—¿Está usted enfadada? Ya pasará la tormenta.

S.—¡Si cuenta usted conmigo!

L.—Creo que puedo contar. Usted tendrá palabra... Cuando se pierde se paga... Veamos, cuénteme usted... Pero no se moleste usted... Sé lo que ha sucedido. Apostaría...

S.—¿Sin duda tiene alguna relación con la historia prometida? Le escucho. Será un mérito que apuntaré...

L.—Hará próximamente tres semanas hablaba con mi amigo de psicología, asunto que provoca generalmente las confidencias. Tras de algunos rodeos, Federico me abrió su corazón diciéndome: "Mi mujer, á quien amo apasionadamente, por otra parte, ha extinguido ya en mí el fuego sacrosanto de la ilusión."

S.—¿Qué tiene eso de extraordinario? A todos los hombres les sucede lo mismo al cabo de algún tiempo de matrimonio. En estos casos se busca al lado de otra discretamente lo que falta y asunto concluído...

L.—Federico me explicó el caso con sencillez: "Muerta la ilusión, necesito buscar en otra parte el fuego que me falta, para cumplir después mis deberes conyugales. ¿Te parece buena mi idea? Yo la encontré excelente y hasta le animé á buscar una querida ficticia que reavivase los deseos, que, apagados, le impedían cumplir sus obligaciones maritales.

La cuestión no era fácil. Tras de mucho buscar una mujer á propósito, me fijé en usted (*inclinándose*). Y al día siguiente presenté á usted mi amigo.

S.—Merece usted una bofetada.

L.—¡Espero algo mejor! (*Continuando*). Todo marchó como sobre ruedas durante de tres semanas. Valentina (así se llama la mu-

jer de Federico), conoció horas espléndidas, gracias á *la dama de paja* que se encargaba de encender el fuego sagrado de la ilusión en el pecho de su marido... Comprendo el asombro del pobre Federico cuando haya notado esta noche que usted tiraba al blanco...

S.—Todo eso está muy bien imaginado; pero no le creo á usted.

L.—¿De modo que la huída de Federico?...

S.—Puede explicarla la timidez de su carácter.

L.—Decididamente, la vanidad femenina es inconmensurable. Voy á probarle mis palabras. ¿Quiere usted aceptar mi brazo y acompañarme á la fonda? Precisamente Federico y su esposa ocupan un cuarto contiguo al mio. Seré discreto, ¡qué remedio! Puede usted permanecer en mi habitación todo el tiempo necesario para convencerse por sí misma de lo que he dicho, y para vengarse... si lo cree conveniente.

Soledad duda un instante entre la dignidad y la curiosidad. Como siempre, desde Eva, la curiosidad triunfó. Partieron, pues, á casa de Luis. Cuando llegaron pudieron oír á Federico lo que decía á su mujer:

F.—No comprendo, Valentina, el por qué provocas ahora una discusión á propósito de Soledad. Después...

VALENTINA.—Todo eso que acabas de decir es muy bonito... Pero me sigue fastidiando esa mujer.

F.—Pues haces mal. ¡Si supieras cuánto la debes desde hace algún tiempo.

Clemente de Castro

San Sebastián, Septiembre 1912.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
APARTADO 547**

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

Ni *El duende de la Colegiata* ha averiguado todavía lo que es el

ALEXGO

¡Prodigioso!

¡Maravilloso!